

# EN PEKIN.—UNA VISITA A LA CIUDAD PROHIBIDA



Entrada al templo de Confucio

¡Es tan extraña la vida aquí!... ¡Son tan misteriosos los chinos!...

La revolución, con un ideal moderno, en ningún país, como en China, puede realizar un cambio brusco de costumbres, de temperamento, hasta de idiosincrasia.

El chino es un ser astuto, hábil, receloso; está dotado, físicamente, de condiciones admirables para vencer en la lucha moderna de la vida; no tiene nervios... su cara, con una contracción peculiar, típica, propia de la raza amarilla, modela una sonrisa iniciada, que el europeo ignora si es de alegría ó dolor; sus ojos, escondidos en el fondo incommensurable de sus párpados, sin pestañas, parecen, siempre, pensar, con una reflexión profunda... En España se dice erróneamente: «Me ha engañado como á un chino...», y no es así; la frase debe ser y es indudablemente: «Me ha engañado como un chino...» Y es que al chino, en general, es muy difícil engañarle, y en cambio es facilísimo resultar engañado por él... Su astucia gatuna; su resistencia pasiva; la inmovilidad de su cara; la sangre fría que en todos momentos le favorece... le dan una superioridad para los negocios que los ingleses y americanos envidian y temen.

En China, todo es misterio; quizá, como en la masonería, se rodea de misterio lo que, en el fondo, no constituye nada importante para conservar, por instinto de curiosidad y respeto hacia lo que no sabemos, el crédito que, por ignorancia, sustentan los no iniciados. En sus costumbres, en sus ritos, en su educación... el misterio es la característica que los distingue.

Para visitar el Palacio Imperial de Pekín, necesita un ministro del Cuerpo Diplomático acreditado pedir el permiso al ministerio de Relaciones Exteriores, expresando cuántas personas han de ir, quiénes son y cuál es su categoría; el ministerio, después de una semana—que los asuntos de Estado, en China, van muy lentamente—, contesta el día y la hora del permiso. El día y hora señalados, va á la Legación del ministro que solicitó entrar en Palacio un empleado palaciego, vestido de azul, montado en un *poney* manchú, sin esquilan y... delante del coche que conduce

á los visitantes de Palacio, se dirige á los puertos de la Ciudad Prohibida. El palaciego, vestido de azul, con un casco blanco como hacia de barbero, con penacho encarnado y botón dorado, rosa ó cristalino, según su categoría, lleva en la mano y enseña con un brazo en alto, la *tarjeta* del ministro extranjero que solicitó el permiso; la *tarjeta* es un papel rectangular de veinte centímetros de largo por diez de ancho, blanco por un lado y de color bermellón por el otro, y en el que hay escritos los signos que componen el nombre patronímico del ministro, y en otra *tarjeta* (?), igual, los honores, condecoraciones, etc... que le pertenecen...

\*

Al atravesar la primera puerta de la Ciudad Prohibida, el visitante, curioso, cree que va á asombrarse viendo *grandes cosas* y... no ve más que las tapias de la Ciudad Prohibida... un camino para el coche que le conduce... un canal de agua sucia y la hierba creciendo, á discreción, con algunos caballos manchús pastando tranquilamente como en un prado

Al llegar á la segunda puerta, los centinelas... vestidos con su uniforme azul marino y una gorra en invierno, ó un sombrero de paja redondo—forma europea—en verano, ostentan sus flamantes coletas sobre la espalda y presentan las armas al paso de los visitantes...

\*

Tampoco hay nada exótico ni digno de mención al traspasar la segunda puerta; ni la tercera; ni la cuarta... por fin, se llega ante una puerta mayor... más monumental, y el palaciego azul del casco blanco y el *poney* sin esquilan echa pie á tierra... allí hay muchos soldados que forman dos largas filas y presentan las armas... Guiados por el palaciego azul, se atraviesa, á pie, aquella doble fila de soldados, y bajo el dintel de la puerta, varios funcionarios embutidos en sendas túnicas... con los botones de sus sombreros, verdes, rojos, rosa, dorados, cristalinos, etc... es decir, de todas las categorías... esperan á los visitantes y, á través del intérprete de la Legación, se desean todos mutuamente muchas prosperidades. Aquellos funcionarios son altos palaciegos, grandes eunucos, en fin, lo *mejorcito* del Palacio Imperial.

A pie, se dirige la comitiva hacia el lago de Lotos, que se atraviesa en las barcas imperiales, y se llega al Palacio Imperial, propiamente dicho...

Después de otras puertas se atraviesan



Templo del Cielo, en Pekín

galerías y habitaciones con magníficos trabajos de sedería en las paredes... el tono carmín predomina en las maderas y las lacas costosísimas lo invaden todo.

El Trono tiene varias gradas y asientos, según la categoría de los individuos imperiales; en doradas columnas de laca hay unas inscripciones chinas con los respetables nombres y condiciones celestiales de la imperial dinastía manchú... y... se llega á una puerta cerrada que pertenece á las habitaciones reservadas de los emperadores y que, ningún extranjero, por elevada jerarquía que ocupe, puede ver.

Hay unas figuras, en bronce, extrañas, en un patio de Palacio; figuras de monstruos adornadas con un loto del que surge una lámpara eléctrica... En las habitaciones imperiales también la luz eléctrica profana el tradicional estilo de los hijos directos del cielo... y... precedidos del palaciego azul con su *poney* sin esquilan... se vuelve á salir de la Ciudad Prohibida... con la curiosidad de aquella puerta cerrada que ningún extranjero franqueó...

El visitante abandona los imperiales dominios, contrariado; por no haber podido dar cumplida satisfacción á su curiosidad, por no haber sorprendido nada extraordinario, y porque necesariamente ha de reconocer que no merecía la pena de tan eno-

iosa gestión y de tan larga caminata ver lo que vió.

Sin embargo, antes de salir de Palacio, antes de separarse de los altos dignatarios palaciegos que acompañan al visitante hasta la puerta donde hay muchos soldados y espera el coche, tiene que deslizar dos billetes de diez taels en las manos de unas largas bien cuidadas—señal de riqueza y elevada jerarquía—de alguno de aquellos distinguidos palaciegos, que toma el dinero y esconde la mano dentro de la manga larga de su sedoso y dragoneado traje...

Precedidos del palaciego azul... se aleja el cortejo de la puerta monumental...

Y allá, lejos, hacia el lago sagrado de los Lotos, los altos palaciegos forman un grupo y se reparten los veinte taels...



Entrada á la ciudad prohibida

ADELARDO F.-ARIAS